

Manuscritos de trabajo y lingüística de la producción escrita

Jean-Louis Lebrave¹
Institut des Textes et Manuscrits Modernes
Centre National de la Recherche Scientifique -
École Normale Supérieure

La sustancia semiótica del manuscrito de trabajo excede las posibilidades del tratamiento lingüístico

El aporte de la lingüística al conocimiento científico de los borradores² ha sido doble. En primer lugar, suministró las herramientas que permitieron “domesticar” a los borradores. La primera de estas herramientas es por lo pronto la noción de variante heredada de la filología en su dimensión editorial. La lingüística estructural aportó asimismo la noción de paradigma. Fue suficiente adaptar las operaciones de conmutación agregándoles la orientación temporal para disponer de la sustitución orientada en un contexto. En un segundo momento, las teorías de la enunciación permitieron aprehender con rigor aquello que, en la proliferación de borradores, pone de relieve al sujeto hablante/escribiente en sus discursos. Pero la lingüística ha ayudado también a los investigadores a acometer la audacia de explorar el continente de la génesis: audacia para hacer frente a los datos que desafiaban *a priori* las posibilidades de una lingüística limitada al nivel de la frase, recelosa a la hora de abordar lo que Jean Fourquet llamaba “la lingüística en sentido amplio”, en particular la psicolingüística; audacia de mezclar su voz al concierto de los literatos/críticos literarios y asegurar que tenían cosas tan interesantes que decir sobre la escritura de Marcel Proust o de Gustave Flaubert como los especialistas en Proust y Flaubert.

1. J.-L. Lebrave, “Manuscrits de travail et linguistique de la production écrite”, *Modèles linguistiques*, XXX, vol. 59: *Génétique de la production écrite et linguistique* (coords. Irène Fenoglio & Jean-Michel Adam), 2009, p. 13-21. Traducción de Óscar Brando y Bénédicte Vauthier.

2. Sobre la cuestión de las relaciones entre la crítica genética y la lingüística, ver A. Grésillon et J.-L. Lebrave, “Linguistique et génétique des textes: un décalogue”, *Le français moderne*, número especial: “Tendances actuelles de la linguistique française”, Paris, CILF, 2008, p. 37-49. [N.d.T. Existe una reciente traducción al español: “Lingüística y genética de los textos: un decálogo”, *Orbis Tertius*, XV (16), 2010, disponible en línea]

Pero al mismo tiempo, rápidamente se vio³ que los borradores excedían el tratamiento lingüístico, simplemente porque ellos contenían una gran cantidad de datos no lingüísticos. Se los puede considerar de distintas maneras. Se puede ver en ellos las trazas del proceso de producción, inscritas como escarificaciones sobre el cuerpo del texto en proceso –y en esta medida comparables a la inscripción del sujeto hablante en el sistema de la lengua a través del sistema de la persona, los tiempos verbales, etcétera–. Se puede también comprenderlos como la memoria de una temporalidad que no es del texto mismo sino de su génesis. Se los describirá entonces como la proyección del tiempo de la escritura sobre la línea del tiempo de lo escrito, y se procurará convertir estos datos topográficos en informaciones cronológicas sobre el desarrollo de la génesis textual. Se puede incluso reconocer allí la realización de un sistema parcialmente convencional de marcas de lo escrito: tachaduras, inscripciones en los márgenes de lo ya escrito, añadidos diversos, trazos, etcétera. Finalmente, y este es sin duda su rasgo más destacado, se los puede considerar como las características individuales que ponen la firma personal del escritor, todo lo que contribuye a hacer que se reconozca a primera vista, sin tener necesidad de leerlo, un manuscrito de Proust o de Flaubert que no se conocía todavía. Siempre fragmentaria, esta familiaridad con la inscripción casi carnal del escritor en su borrador, independientemente de toda referencia a su contenido textual, es de gran ayuda, especialmente cuando se descifra el manuscrito. Es ella la que permite volver a dar vida a todos los signos registrados en la página manuscrita.

Dentro de su singularidad absoluta y su proliferación siempre renovada, esta materia semiótica ha fascinado a los genetistas. Ellos se esforzaron en domesticarla analizándola.⁴ Pero ella escapa a toda aproximación exhaustiva. Es que esta sustancia de la expresión (para retomar la expresión que yo había utilizado en un pequeño homenaje a Fourquet⁵) contiene elementos irreductibles a toda lingüística. Se puede, *mutatis mutandis*, hacer un paralelo con la sustancia sonora de la palabra, que se deja por una parte reducir por la fonología –y lo mismo por una fonética descriptiva– pero de la cual una parte es necesariamente dejada de lado por la lingüística.

3. Cf. por ejemplo, J.-L. Lebrave, “Lectures et analyse de brouillons”, *Langages* 69, marzo 1983, p. 11-23.

4. Cf. especialmente L. Hay (ed.), *De la lettre au livre. Sémiotiques des manuscrits littéraires*, Paris, Éditions du CNRS, 1989. Cf. también el número 10, “Sémiotique”, de la revista *Genesis* (1994), editada por L. Hay.

5. “Les manuscrits entre la substance de l’expression et la substance du contenu”, en Colette Cortès y A. Rousseau (ed.), *Catégories et connexions. En hommage a Jean Fourquet pour son centième anniversaire*, Villeneuve D’Ascq, Presses Universitaires du Septentrion, 1999, p. 371-378.

La construcción de las operaciones fundamentales

Sin embargo, el cruce de los datos verbales y de lo que se deja formalizar y estructurar de la sustancia de la expresión permitió construir operaciones que tienen a los borradores por teatro.

Primero, en el nivel más general de la página, identificamos por contraste zonas que tienen datos gráficos y zonas que quedaron vírgenes. Generalmente, esta partición permite identificar líneas, interlíneas, márgenes, pie de página, etcétera. Aislamos a continuación un conjunto de datos gráficos que se interpretan como trazas de operaciones. Una forma gráfica descifrable sobre la que se agregó una línea que la atraviesa será interpretada como una supresión. Si a este primer grupo de datos gráficos viene a asociarse otra forma gráfica descifrable que, *desde el punto de vista lingüístico*, puede ser interpretada como reemplazando la primera, se interpretará el conjunto como una sustitución. Si el manuscrito tiene una forma gráfica descifrable ubicada fuera de las líneas, sea en la interlínea, sea en los márgenes, sea incluso en otra hoja, pero a la cual se asocian otros signos gráficos que indican que ella debe insertarse en el interior de una forma gráfica descifrable preexistente, se interpretará el conjunto como un añadido. Insistamos en el hecho de que solo la información lingüística da un estatuto a los datos visuales, y que, inversamente, los datos visuales son ininterpretables sin los datos lingüísticos.

De esta manera los genetistas han sido llevados a proponer la existencia de cuatro operaciones fundamentales: el añadido, la supresión, el reemplazo y el desplazamiento. Y a reagrupar el conjunto bajo el nombre de sustitución orientada en el tiempo: $A \rightarrow B$ no es idéntico a $B \rightarrow A$, $A \rightarrow 0$ no es idéntico a $0 \rightarrow A$, etcétera. Es necesario precisar que estas operaciones son enmarcadas en un contexto estable en el interior del cual ellas adquieren sentido. La anotación $A \rightarrow B$ es la forma abreviada de $XXX / A \rightarrow B / YYY$, etcétera.

Conviene todavía recordar que la unificación de las cuatro operaciones elementales bajo la operación única de sustitución fue sugerida por los límites del tratamiento informático de los datos (era necesario reducir al máximo el costo del tratamiento en el momento de hacer el cálculo) y también por la influencia de las preferencias “estéticas” de los matemáticos por la simplicidad de las generalizaciones pertinentes.

Este método de estructuración de los datos manuscritos —este es el título de una “acción temática programada” (ATP) del *Centre National de la Recherche Scientifique* para la que obtuve financiamiento en 1979— es eficaz. Me permitió, por ejemplo, transcribir bajo la forma de “edición cronológica” el conjunto del dossier manuscrito de la *Lutezia* de Heinrich Heine y construir un diccionario de todas las sustituciones que esos borra-

dores contenían. Generalmente, la noción de sustitución orientada por una cronología resulta un buen instrumento para aprehender un cierto número de fenómenos observables en los borradores.

Pero sus límites se manifestaron rápidamente. El primero de ellos tiene una relación directa con la problemática del tratamiento lingüístico. Subrayé que la sustitución solo tiene sentido en el interior de un contexto estable: para existir y para ser percibida la variación debe destacarse sobre un fondo invariable. Ahora bien, si siempre es posible identificar el contexto izquierdo de una operación, no sucede lo mismo con el contexto derecho. Solamente es posible para aquellas que en nuestros primeros trabajos llamamos correcciones “tardías” o “de relectura” –sería más justo decir, empleando una definición negativa, las correcciones “*que no son inmediatas*”, es decir, aquellas que aparecen gráficamente de forma posterior y modifican los datos textuales ya existentes–. Por el contrario, las correcciones “inmediatas” o “al correr de la pluma” carecen de contexto derecho, ya que este solamente puede estar constituido por la totalidad de las continuaciones virtuales posibles de lo que estaba ya escrito en el momento en que el escritor realiza una corrección. Es, por cierto, lo que distingue los manuscritos de trabajo de los otros documentos que incluyen variantes textuales.

Ante esta dificultad, aporté una solución “oportunista” y una solución más “genética”. La solución oportunista consiste en interrumpir arbitrariamente el hilo temporal de la producción escrita en cada puntuación fuerte. De esta manera se evita una cascada sin fin de operaciones de las cuales cada una sería encajada en la precedente, sin que se pudiese jamás cerrar el conjunto sino por el eventual punto final. La solución genética se apoya en el hecho de que en la obra de todos los escritores la producción está ritmada por fases de interrupción, de suerte que podemos identificar períodos de trabajo. Es al menos el caso de los dos corpus que yo estudiaba cuando puse la noción de sustitución en práctica, el de *Lutezia* y el de los primeros borradores de *À la recherche du temps perdu*. De allí surge lo que llamé “bloques genéticos” en la transcripción del *Cahier 3* de Proust reproducido en *Proust à la lettre*.

Estas dos soluciones muestran su condición casera o de parche, pero son aceptables. No es aberrante suponer que el texto que se está redactando no existe en forma terminada (es decir, enteramente fijado en su forma sintáctica y en su selección léxica) más allá de la frase que se está escribiendo, y que, más allá de esta frontera, se entra en el dominio de “una intención de comunicación” más vaga y todavía no completamente actualizada. Del mismo modo, es cierto que toda escritura (al menos de un texto un poco largo) está

dividida en períodos de trabajo sucesivos separados por rupturas temporales. Por el contrario, el segundo límite para la aprehensión de borradores en términos de sustitución aparece inmediatamente como insalvable. Desde que la emprendemos con manuscritos complejos, como los de Flaubert, se hace rápidamente evidente que una reconstrucción exhaustiva de todas las operaciones, en el orden en que ellas aparecieron, es imposible. Los datos gráficos son tan complejos e imbricados los unos en los otros como para que autoricen a menudo una pluralidad de hipótesis sobre “lo que realmente pasó” durante el proceso de escritura. Parece entonces ilusorio querer hacer una lista exhaustiva de todas las operaciones de escritura y reescritura. Por el contrario, la reconstrucción parcial de operaciones “locales” en un fragmento de manuscrito es perfectamente posible e incluso indispensable especialmente cuando se busca, desde el principio de la génesis al fin de una escritura, la historia de un fragmento dado, o la evolución de una expresión particular.⁶

Para escapar a esta aporía los lingüistas del *Institut des Textes et Manuscrits Modernes* (ITEM) han terminado por recurrir casi exclusivamente a la “transcripción diplomática”. Como se sabe, esta transcribe todos los datos verbales de manera integral, pero no retiene de la sustancia gráfica sino el conjunto de datos topográficos y, llegado el caso, ciertos datos ligados al *ductus* y al ritmo de la escritura. Se ve bien que en este trámite uno queda, de cierta manera, por debajo de un trabajo de *reconstrucción de las operaciones*: si un fragmento textual se encuentra en una interlínea o encima de un fragmento textual tachado, nos contentamos con reproducir esta disposición gráfica, sin interpretarla como una sustitución.

Genética, filología, variantes

Quisiera cerrar esta puesta en perspectiva de la noción de sustitución con una observación. Trátase de la dificultad ligada a la definición del contexto derecho de las sustituciones en el caso de las correcciones “al correr de

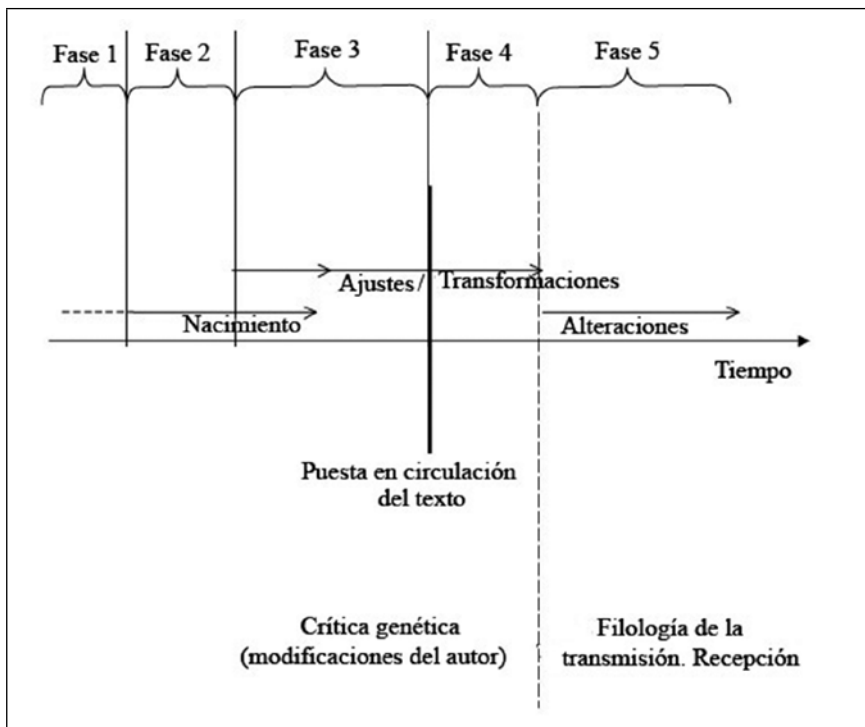
6. Como ejemplo de este asunto, cf. la manera en la cual nosotros seguimos el recorrido de la expresión “Quatre vallées larges et profondes” desde las notas tomadas por Flaubert en sus obras sobre Palestina hasta el texto final de *Herodías*. Cf. A. Grésillon & J.-L. Lebrave, “Flaubert: Ruminer *Herodías*”. D. Ferrer et J.-L.-Lebrave (éd.) *L'écriture et ses doubles. Genèse et variation textuelle*, Paris, Éditions du CNRS, 1991, pp. 27-109. Cf. también los análisis que I. Fenoglio ha hecho sobre la génesis de las autobiografías de Althusser. I. Fenoglio, “Énonciation et genèse dans l'autobiographies d'Althusser. Deux récit –séparés– de sa rencontre avec Hélène”, *Genesis*, 17, 2001, p. 131-150. I. Fenoglio, “Une photo, deux textes, trois manuscrits. L'archivage linguistique d'un geste d'écriture identifiant”, *Langages*, 147, 2002. *Processus d'écriture et marques linguistiques. Nouvelles recherches en génétique du texte* (I. Fenoglio et S. Boucheron-Pétillon éd.), p. 56-69.

la pluma”, o de la imposibilidad de reconstruir de manera fiable la historia de las operaciones de escritura en el seno de un manuscrito complejo, en los dos casos la dificultad parece ceñirse a que se querría captar el proceso de escritura *tal como se desarrolló realmente*, pero este no nos es accesible sino por medio de productos: los enunciados (o fragmentos de enunciados) que son el resultado de ese proceso, y las trazas gráficas que el proceso mismo ha dejado tras de sí.

El tratamiento por las sustituciones no puede entonces hacer otra cosa que comparar *estados sucesivos* del texto en proceso, y buscar cuáles leyes presiden las transformaciones que esta comparación permite identificar. No puede tratarse más que de una *genética de transición entre estados*, no de una aprehensión de procesos de producción como tales. En realidad, estamos frente a la misma paradoja que denunciaba Tzvetan Todorov en 1970 a propósito de la enunciación: solo tenemos acceso a las enunciaciones ya enunciadas. Asimismo, solamente conocemos del proceso los productos que deja detrás de sí.

Por lo tanto, a partir del momento en que se toman los datos de la génesis de los textos en forma de datos de la lengua, sería vano pretender, como ciertos genetistas están a veces tentados de hacer, una originalidad absoluta del material genético. No hay diferencia radical entre estados textuales variantes y la variación que se puede observar en los borradores. (Por el contrario, hay generalmente una diferencia de grado, siendo la abundancia de la variación a menudo mucho más intensa en los borradores). Se puede entonces reconciliar la filología y la genética y unificar el panorama de la variación textual, como he intentado, con la ayuda del cuadro siguiente de la síntesis que redacté con Jean-Gabriel Ganascia para la escuela temática de crítica genética organizada por el ITEM en 2004.⁷ En este cuadro, la fase 1 corresponde a una gestación anterior a toda traza textual; la fase 2, a la primera textualización, a menudo dividida y fragmentaria; la fase 3, a los ajustes, transformaciones y reescrituras efectuados por el autor antes de la primera puesta en circulación del texto; la fase 4, a las transformaciones efectuadas por el autor después de la puesta en circulación del texto; y la fase 5, a las alteraciones posteriores a la última edición autorizada, y a todas las transformaciones no autoriales.

7. J.-G. Ganascia y J.-L. Lebrave, “Trente ans de traitements informatiques de manuscrites de genèse”, en O. Anokhina y S. Pétilion (ed.) *Actes de l'école thématique de critique génétique* (IMEC, Abayye d'Ardenne, setiembre de 2004). En prensa.



Este parentesco profundo entre todas las formas de variación textual encuentra su perfecta ilustración en el programa MEDITE, desarrollado por Ganascia y Julien Bourdaillet. Compara dos estados textuales llevados a la forma más descarnada posible, puesto que se trata de una secuencia de caracteres “en modo texto”, es decir, en los cuales los grafemas y las puntuaciones están reducidos a una pura idealidad. No es sorprendente entonces que este programa haya constituido una herramienta particularmente bien adaptada al caso de los *textos en variación* de Ramuz del cual Jean-Michel Adam habla en su artículo sobre los *Cuentos* de Perrault.⁸

No es en este nivel textual donde hay que aprehender la singularidad de los manuscritos de trabajo. Lo que opone de manera radical los dossiers genéticos a los textos en la idealidad que les confiere la impresión o la “*belle copie*” es la omnipresencia de la sustancia gráfica: no hay diferencia de

8. Cf. I. Fenoglio, J.-G. Ganascia, J.-L. Lebrave, “Manuscrits, genèse et documents numérisés. MEDITE: une étude informatisée du travail de l’écrivain”, *Document numérique*, vol. 8, n°4/2004; J. Bourdaillet, J.-G. Ganascia, J.-L. Lebrave, “Topologie et génétique textuelles: un dialogue médié par la machine”, *Lexicometrica*, “Topographie et topologie textuelles”, numéro spécial, sous presse; R. Mahrer, “La Génétique Assistée par Ordinateur: *Medite* au banc d’essai ou Du tout neuf pur le *Tout-Vieux*”, *Genesis*, 27, 2006.

naturaleza entre las variaciones textuales que Adam identifica en los estados sucesivos de los *Cuentos* de Perrault⁹ y las sustituciones que yo construí a partir de los borradores de *Lutezia* de Heine. En cambio, la manera en que estos últimos se *dejan ver* en la sustancia gráfica de los borradores no tiene equivalente directo en los casos analizados por Adam. A esta diferencia se agrega también, obviamente, una diferencia de estatuto enunciativo que tiene a la originalidad de la escritura manuscrita moderna como modo de “composición” en el seno de la larga historia de los modos de multiplicación y de circulación de los textos.

En resumen, en tanto poética de transición entre estados, la crítica genética es la hija de la filología o una pariente cercana de la “nueva filología”¹⁰, pero también de la *variantística* de Gianfranco Contini.¹¹ Pero así no se hace todavía plenamente justicia a la singularidad de los materiales sobre los que la crítica genética trabaja y no se la aproxima todavía demasiado a una ciencia de los procesos en sí.

De la variante medieval al antetexto y más allá

La importancia primordial adquirida por la sustancia gráfica individualizada ha de ponerse en relación con la evolución de las *prácticas de composición* cuyo punto de llegada provisorio se puede situar a fines del siglo XX. En algunos siglos se instaló una forma de escritura *privada* en la cual la *performance* lingüística perdió el rol fundamental que había tenido hasta ese momento. Para decirlo en una palabra, el rasguído de la pluma sobre el papel reemplazó a la voz, y este desplazamiento modificó de manera fundamental el estatuto de la variación. Hasta ese advenimiento de la escritura moderna, el texto debía ser pronunciado para acceder a la completitud de un intercambio llevado a cabo entre el que produce el discurso y los que lo escuchan. Esta *performance* necesaria arrastraba casi mecánicamente la proliferación de la variación, incluso si los protagonistas eran persuadidos de lo contrario, como se demostró cuando se pudo comparar los registros de epopeyas orales realizadas con varios años de intervalo¹²: se comprobó en este caso que la fijeza absoluta atribuida de manera unánime al texto del relato por los recitadores y el público no tenía el carácter *literal* que

9. J.-M. Adam, “Réécritures et variation: pour une génétique linguistique et textuelle”, en *Modèles linguistiques*, XXX, vol. 59, *Génétique de la production écrite et linguistique* (coord. Irène Fenoglio & Jean-Michel Adam), 2009, pp. 23-50.

10. Como lo subrayó ya B. Cerquiglini en 1989. Cf. B. Cerquiglini, *Éloge de la variante. Histoire critique de la philologie*. Paris, Éd. du Seuil, 1989.

11. G. Contini, *Varianti e altra linguistica. Una raccolta di saggi (1938-68)*, Turín, Einaudi, 1970.

12. Albert B. Lord, *The Singer of Tales*. Harvard University Press, Cambridge, Mass., 1964.

le confiere lo escrito: en realidad, la epopeya no se cantaba dos veces de manera idéntica. Se sabe desde Paul Zumthor que la tendencia medieval está íntimamente ligada al murmullo continuo de la lengua que expresaba la necesidad del texto de ser performático y, por lo tanto, interpretado. En nuestra época, esta *performance* en otro tiempo omnipresente no sobrevivió más que en el teatro y, en menor medida, en las *lecturas* públicas que los escritores hacen a veces de sus obras.

Esboqué en otro lugar el recorrido que, mediante el lento ascenso de la lectura silenciosa, contribuyó a volver lo escrito independiente de su puesta en escena en una *performance*.¹³ El aumento exponencial del número de trabajos manuscritos conservados a partir del siglo XVIII tiene, ciertamente, causas múltiples y heterogéneas. Con toda la prudencia que se impone sobre una cuestión difícil y mal conocida, se puede afirmar que una de las causas es una modificación en las prácticas de composición. Para quedarnos en la problemática que he desarrollado aquí, esta evolución afecta con la misma fuerza las dos vertientes del acto de comunicación, transformando la lectura y la escritura, la producción y la recepción, en actividades *privadas*. El *scriptor*¹⁴ produce su texto en el aislamiento de su gabinete de trabajo¹⁵, y ningún lector es considerado testigo de los procesos de producción del texto. Simétricamente, la *performance* silenciosa y pasiva que le toca al lector se hace en ausencia del *scriptor*, que no conoce las reacciones de su público más que de una forma indirecta y mediada.

A partir de ahora sabemos que el “prejuicio filológico” del texto invariante, cerrado, terminado y acabado forma parte de esta evolución. Querría mostrar aquí una consecuencia poniéndola en relación con la proliferación de la sustancia gráfica que he señalado. Mientras que producción y *performance* son inseparables, la variación está por doquier. Es el caso de la literatura de la Edad Media. Lo es aun en los *Cuentos* de Perrault como lo muestra bien Adam en el artículo citado. La filología del siglo XIX, en cambio, nos habituó a postular la invariabilidad supuesta del texto, cuyo corolario sería la existencia de un sentido también invariable. A menudo, los manuscritos de trabajo se encuentran en un entredós y su variación proliferante se opone en todo a la estabilidad atribuida al texto. La evolución tuvo como efecto

13. Cf. Jean-Louis Lebrave, “La production littéraire entre l’écrit et la voix”. M. Contat et D. Ferrer (eds), *Pourquoi la critique génétique? Méthodes et théories*, CNRS Éditions, 1998, pp. 169-188.


14. Neologismo para traducir el francés *scripteur*, categoría que los genetistas utilizan para designar un enunciador que se expresa por escrito (sobre papel, con máquina u ordenador), pero sin adquirir aún el carácter público que tiene el escritor. (N. de T.)

15. Así algunos cambien eso por una mesa de café: en este caso es el acto de escritura el que es puesto en escena, no el proceso de producción en sí mismo, que queda escondido a los eventuales espectadores.

hacer pasar de una variación ligada a la pluralidad de enunciadores de una misma obra a la unicidad de un autor único que asume la variación en el curso del proceso de producción. El texto varía en los borradores, y no ya en sus diferentes *performances*.

Se puede decir entonces que los borradores conservan, a la manera de un surco dejado por el instrumento de escritura sobre la hoja de papel, la huella del trazo de la variación que caracteriza la génesis. Suscribo con entusiasmo la tesis, muy saussuriana, defendida por Jean Peytard y Adam, para quienes el sentido nace de la variación. De ahí resulta una consecuencia interesante cuando se aplica a los manuscritos de trabajo. Si ellos son el lugar de la variación, tal cual se expresa mediante la proliferación de la sustancia gráfica, como insistí antes, entonces son también un lugar privilegiado del sentido que se anida en el hueco de la inscripción de las tachaduras en el borrador. Al mostrar cómo el sentido adviene al texto en los borradores, la lingüística aporta una respuesta original a la cuestión, a menudo debatida, de saber si la crítica genética es o no una *crítica*.

No obstante, la evolución de las técnicas de composición no está terminada. Con el tratamiento digital del texto, la mutación actual hace desaparecer al mismo tiempo la sustancia gráfica de los manuscritos y la traza de las operaciones de escritura. El texto visible tiene una superficie indefinidamente lisa y acabada. La extinción de la variación no es más que aparente: ella es mucho más proliferante todavía que en los casos de manuscritos de trabajo. La genética de las transiciones entre estados sucesivos tiene por lo tanto un buen porvenir. Quizá no se pueda decir lo mismo de la elucidación del proceso genético en sí mismo, ya que las trazas que deja tras de sí desaparecen o cambian de naturaleza. Pero quizá esta ya no sea la tarea de la lingüística...



Entre orillas
Del lado de acá

